Flores amarillas

Al caer la noche, comenzó a llover. Sopló bastante el viento y arriba, en las montañas de Sierra Nevada, la nieve caía espesa y sin parar. Al llegar el día, el manto blanco era tan amplio y denso que ni los árboles se veían.

Pero por la cañada, desde donde al fondo se veía la Alhambra y ciudad, la hierba se extendía verde. Tan densa o más que la nieve en las altas cumbres y fresca como si sólo unas horas antes hubiera brotado. Muchas de estas matas de hierba, mostraban ya algunas florecillas, blancas muchas y amarillas, otras. El sol había lucido unos días antes y las lluvias, aunque no muy abundantes, no habían dejado de caer.

Buscando horizontes y con su sueño muy vivo en el corazón, al salir el sol, comenzó a caminar. Siguiendo la senda que cruza la cañada por el lado de arriba, bien abrigado para defenderse del fresco de la montaña y en soledad como tantas otras veces y a lo largo de muchos, muchos años. No iba a ningún lugar concreto ni buscaba nada especial. Solo iba como siguiendo a un sueño sabiendo que, como tantas otras veces, días y años, no conseguiría alcanzar. Tenía claro que la necesidad de cielo que en su corazón existía, no iba a saciarla nunca en estos lugares del mundo. Pero, como tantas otras veces, surcaba los caminos de las montañas, en soledad y como hacia ese encuentro, final y comienzo. Al menos por aquí y de esta manera, sentía que se acercaba poco a poco hacia lo que en su corazón presentía y su alma necesitaba.

Y cruzaba la cañada por la parte alta, justo cuando el sol se derramaba muy brillante y con el deseo de calentar. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de las cascadas y todo lo demás, era silencio. Pero de pronto, los oyó. Por el lado de abajo del camino que recorría y miró. Por entre la hierba y en un pequeño prado de flores amarillas, los vio. Ella tocaba las florecillas con sus manos y decía:
- La primavera este año se ha adelantado. Las lluvias han sido generosas y el sol también ha calentado.
Por entre la hierba y rodeado de flores amarillas, él miraba para el lado de abajo. Dijo, como respuesta a lo que ella había comentado:
- Lo que dices, se ve ahora mismo y con gran belleza en esta cañada.

En la senda que surcaba la cañada por la parte de arriba, él se quedó parado. Observando la escena llena de fantasía y realidad eterna y sintió envidia. Sintió su corazón brincar de gozo y, al mismo tiempo, como traspasado por una extraña y aguda tristeza. Se dijo: “En algún momento, también yo seré libre y tendré prados de hierba cuajados de florecillas amarillas como ahora mismo vosotros. Desde hace siglos, busco cada día llegar al final del camino para encontrarme lo que tanto necesito y os estoy diciendo”.

El rumor de las aguas de las cascadas, inundaba todo el paisaje. El viento soplaba a veces y el sol también a veces brillaba en el cielo como jugando al escondite con las nubes negras y blancas.